

MILLENIUM / LAS 100 MEJORES NOVELAS

PILAR MAURELL

Cuando Ana María Matute (Barcelona, 1926) escribió *Pequeño teatro* tenía 17 años. Tardó más de una década en publicarla —ganó el Planeta en 1954— y pasaron por delante otras dos novelas, *Los Abel* —que quedó finalista del Nadal— y *Fiesta al noroeste*. Aquella era la época del realismo social, pero ya entonces Matute mostró su rebeldía.

— Cuando todos hacían realismo social usted inundaba de magia y fantasía sus historias. ¿No le daba miedo apartarse del «camino», que no la entenderían?

— ¿Miedo?, ¿a mí? No sé lo que me habrán hecho decir. Pero ¿miedo yo? No era miedo, dudaba, yo era muy joven, si estaba o no en la línea de lo que realmente se tenía que hacer. Yo nunca he estado de espaldas a la realidad, de la que también forman parte la magia y la fantasía. Nunca he estado al margen de los problemas de mi país y de todos los países. En todo lo que yo he escrito hay una protesta, social, humana, del oprimido contra el opresor. Siempre he intentado ser la voz de los que no tienen voz. En aquella época había eso que se llamaba el realismo socialista; yo creía que se podía protestar, porque para mí escribir es protestar fundamentalmente. Protestar de lo que no nos gusta de este mundo, en el que nos sentimos un poco como caídos de otra galaxia, yo misma me siento así. La literatura es mi forma de vida, lo que me ha salvado de muchas cosas.

— ¿Y cómo se le ocurre escribir de suicidio en esa época? Porque en «Pequeño teatro» lo hay.

— Oye, le tengo un cariño especial a esa novela, aunque no creo que sea mi mejor libro. Lo quiero y tuve que luchar mucho porque en la época que escribí *Pequeño teatro* yo era una inocente, el suicidio estaba prohibido por la censura. En España por lo visto nadie se suicidaba, no se podía hablar de un adulterio, en España no se cometían adulterios... No se podía.

— Bueno, ahí está su rebeldía. — Claro, mi rebeldía estaba ahí, en la figura de Zazu, una niña que no se adapta a las convenciones sociales de la época y salta.

— Bueno, es que en su época las niñas eran terribles.

— ¡Tremendas!

— Alguien dijo de «Pequeño teatro» que es como una fábula.

— Sí, podríamos considerarla como una fábula, pero... ¿qué es una fábula? Eso de ponerle nombres a las cosas, de ponerles etiquetas, me molesta profundamente. Es un libro que es muy literario, pero que como libro muy literario creo que tiene una fuerza y una motivación muy humanas.

— ¿Es también una protesta?

— En aquella época, que una chica de 17 años escribiera este libro era un grito de protesta tremenda contra todo lo que le rodeaba y contra toda la hipocresía. *Pequeño teatro* es el libro de la hipocresía, el libro de todo el mundo, desde las señoras que quieren hacer obras de caridad hasta los protectores del pueblo...

ANA MARIA MATUTE

«Siempre he intentado ser la voz de todos los que no tienen voz»



CHEMA CONESA

Todo es una mentira tremenda, el único que dice la verdad es el probrecito aquel [Ilé] que oficialmente es un descerebrado, y la chica [Zazu], que se rebela contra todo el mundo que le rodea. Eso es lo bueno y además lo insólito en el panorama de la época.

— En esta novela también trata el cainismo, un tema recurrente en su obra.

— En todos mis libros, sí. *Pequeño teatro* la escribí a los 17 años. Pero antes había escrito también. Lo hago desde los cinco años y el tema del cainismo siempre está en casi todos los libros. Estoy del lado de Caín, al lado del que yo creo que era Caín. Caín no era el asesino, el asesino era Abel. Caín era el maltratado, el rebelde, y Abel era oficialmente el bueno, sus sacrificios iban como una columna al cielo. Y los sacrificios del pobre Caín iban siempre abajo. No sé, pobrecillo, era una buena persona.

— En sus narraciones hay influencias de los clásicos infantiles, de los Grimm, Perrault,

Andersen...

— Están en mí y todo lo que escribo contiene algo de ahí.

— ¿Qué ocurriría si levantasen la cabeza y descubrieran lo políticamente correcto?

— Se darían un porrazo con la losa, primero (ríe), un chichón extraordinario. ¡Qué burra soy! Por lo que a mí respecta no tendrían nada que objetar, yo he respetado su espíritu. Por lo que a otros respecta, han deformado sus libros; los políticamente correctos han destrozado sus libros, los han dejado sin gracia, sin espíritu, sin nada... supongo que llorarían mucho. Después de haber leído *La sirenita* de Andersen, ver los dibujos animados... Es para matarlos. Yo lloraba de niña, muy a gusto, me encantaban los cuentos de Andersen, y la Reina de las Nieves. Maravillosos.

— Hay quien considera que usted escribe sobre la infancia y la adolescencia.

— Los hombres no leen a las mujeres, luego hacen las críticas que hacen de los libros, que son

de risa. Te dicen que has hecho cosas que jamás están en tus libros. Por ejemplo, a mí me han encasquillado lo de la infancia. Sí, yo me preocupé de la infancia, mucho, y tengo cuentos para niños, pero la mayoría de los libros no tienen nada que ver con la infancia, sino con lo que todos tenemos que ver con la infancia, que es que la llevamos dentro, nada más, ¿no?

— Cuénteme la historia de «Pequeño teatro».

— Este libro estaba escrito en un cuaderno, a mano, y me fui a la editorial Destino. Primero no me recibían, yo era una niña, una cría. Hasta que un día me recibieron y hablé con el director, Ignacio Agustí, un hombre muy cariñoso, bueno, y me dijo que lo dejara ahí, que ya lo mirarían...

— ¿Y?

— Y al cabo de una semana yo salía a comprar folios... a la papelería de al lado de casa. Me encontré a Agustí, se sacó el sombrero y me dijo: «Señorita Matute, hemos leído su libro, nos parece increíble, pero usted ¿qué

edad tiene? Venga usted, que se lo vamos a publicar, pero tiene que venir con su papá porque si no no puede firmar el contrato» (ríe).

— Pero aún no se publicó.

— No, animada por el éxito escribí *Los Abel* y lo mandé al premio Nadal. Quedó finalista, el año que ganó Delibes, inada menos! Yo tenía entonces 20 años. Me dijeron que, en lugar de publicar *Pequeño teatro*, publicarían *Los Abel*, que era más maduro... A partir de aquel momento nunca he tenido problemas para editar. En esto me considero una privilegiada.

— Pero ganó el Planeta con «Pequeño teatro».

— Sí, al cabo de 11 años lo llevé al Planeta y lo gané. Hice algunas correcciones de lenguaje... pero por lo demás era igual. Pero no deja de ser un libro escrito a los 17 años. Ahora ya estoy metida en el próximo libro, *Paraíso inhabitado*, que no es medieval.

— Ya había hablado de él hace un tiempo.

— Lo anunciaba, pero no había empezado a hacerlo. Yo llevo los libros dentro y ahora ya estoy con él. Como todos mis libros, no es demasiado optimista (ríe).

— ¿Les debe usted algo a las damas negras, las monjas de su colegio de infancia?

— Yo les debo un horror hacia el mundo que ellas me presentaban entonces; creo que deben haber cambiado, pero aquel era un mundo espantoso.

— A lo mejor fue el detonante de su rebeldía.

— En casa ya se había manifestado. Yo siempre he sido rebelde por naturaleza, pero una rebelde silenciosa, era una rebelde con causa.

— ¿Por qué dice que es una niña de 12 años?

— Yo no soy una niña de 12 años, soy una anciana que ha vivido muchísimo y que conoce la vida bastante, pero no ha perdido una brizna de la inocencia que tenía a los 12 años.

— ¿Seguro?

— En algunos aspectos, no. Todos los días me dan una bofetada, lo que quiere decir que todavía conservo algo de inocencia.

— ¿Y el tiempo no la ha pervertido?

— Sí, pero no hasta ese punto. ¿Tú sabes que la inocencia puede ser perversa?

— Esther Tusquets, en un perfil que le escribió, aparte de contar las pantagruélicas comidas medievales que usted les hacía en Sitges, (Matute se ríe) dice que para usted lo más importante en la vida son la literatura y el amor. ¿El resto son misiones de cumplir?

— En la literatura para mí caben muchas cosas, cabe protesta social, la solidaridad, la amistad, el amor, cabe todo. El mundo de las finanzas me la trae floja. ¿Entiendes?

— ¿Escribir es ganarle la partida al tiempo?

— Sí.

— ¿Aunque sólo sea una?

— Suelen ser más de una. Esperemos.